

infierno. No solo no ha de atar el criado ni el ministro al rey, mas ha de conocer y confesar que no merece desatar la correa de sus piés. Lo que el rey añuda, nadie, sino es Dios, y la razon, y la verdad, lo puede desatar sin delito. Majestad tienen los reyes hasta en los piés: digno es de reverencia su calzado. Pues si no es lícito desatar la correa del zapato, ¿cómo será lícito desatar al rey de su alma, al rey de sus reinos, al rey de su oficio, al rey de la religion, al rey de Dios? Esto es el que lo hace, el que desata al rey de estas cosas, no es ministro, no es privado, no es vasallo, no es hombre: lo que es dígalo por el Bautista el evangelista san Juan, que yo no me quiero atrever á decirlo, ni caben en mi autoridad sus palabras, que son dignas de él solo. Oigan los reyes y los emperadores al águila, que es autor de coronas imperiales y blason propio suyo (1): «Y todo espíritu que desata á Jesús, no es de Dios, y este es espíritu de Antecristo.» El un Juan lo dice, que el que desata á Cristo es espíritu de Antecristo; y el otro Juan, que vino ántes de Cristo y fué enviado de él, cuando dice estas palabras no solo confiesa que no ha de desatar á Cristo, sino que no merece desatar la correa de su zapato. Y el uno que lo hace fué el privado, y el otro el querido. Y el que no los imitare, si desata á su rey, ¿qué será? Ya lo ha dicho san Juan. Y si le atare (lo que no se puede creer), será Júdas. Ese le vendió y entregó por dineros á la cárcel y á los cordeles. Con razon, pues, Cristo se viene al Jordan á buscar tal criado, á honrarle, y á ser bautizado de él.

El mérito de san Juan nos ha llegado al discurso del capítulo: con sus palabras nos introducimos en sus obras; y este ejemplo no pierde por descender de Cristo, Dios y hombre, á los reyes hombres; que pues los reyes son vicarios de Dios, y reinan por él, y deben reinar para él, y á su ejemplo y imitacion, ningun lugar tiene el desahogo de la lisonja, ni lo dilatado de la explicacion ambiciosa y negociadora, en estas palabras: «Vino Cristo de Galilea al Jordan para que Juan le bautizase.» Todo va bien: el rey va al criado, no el criado al rey; él se vino á Juan, no le trajo Juan. ¡Gran decoro de monarca! ¡Grande y discreta y segura fidelidad de criado! «Juan se lo prohibia.» Hace lo que debe su humildad y conocimiento, lo que conviene á su oficio, que Dios hará lo que conviene á la obra, al gobierno y al misterio. No sale de sí Juan, grandes márgenes deja á la dignidad de Cristo; no compete jamas ni con su sombra. No parece lícito contradecir ni prohibir nada el criado al señor: no parece lícito, porque los atrevidos vuelven la cara hácia otro lado por dejar pasar la verdad. Santísimo Padre, en las honras propias y mercedes excesivas que se les hacen á ellos, lícito les es el prohibirlo, el rehusarlo. Mas los mañosos, que la doctrina la ajustan al talle de su pretension, prohiben las mercedes de los otros, que luego que no son para ellos, son excesivas; y las propias, aunque sean demasiadas, se admiten con queja por pequeñas, y á veces la insolencia del ministro obliga al príncipe que le ruegue para que acepte lo que no pudo el criado codiciar sin delito, ni conceder el príncipe sin afrenta. «Prohibiéndolo diciendo: Yo he de ser bautizado por tí.»

En el agua, con favores y honras grandes, ejerció los dos mayores ministros con acciones y palabras bien pa-

(1) Et omnis spiritus, qui solvit Jesum, ex Deo non est: et hic est Anti Christus. (Epist. 1. Joann. 4.)

recidas. Juan, viniendo Cristo á que le bautizase, se lo prohibia diciendo: «Yo he de ser bautizado por tí.» Pedro parece que repite este suceso y palabras, y le dice (2): «¿Tú me lavas á mí los piés?» y se lo quiso prohibir como Juan. A Juan respondió: «Déjalo ahora: así conviene que nosotros cumplamos toda justicia.» A Pedro en la respuesta le juntó alguna amenaza: «Si no te lavo, no tendrás parte en mi reino.» Con novedad, Santísimo Padre, examino yo la diferencia de estas respuestas en una propia accion. Juan en el desierto rehusó por su humildad la accion que servia á los misterios de Dios sin testigos, y así bastó la advertencia del fin para que Cristo se humillaba á su criado. Pedro replicó entre todos los apóstoles y delante de Júdas, cuando él hacia aquella accion para ejemplo y para que le imitasen. A la repugnancia en el misterio y á solas basta advertencia; á la repugnancia al ejemplo entre los que le han de tomar para darle, provechosa es la amenaza. No se ha de temer que el príncipe dé buen ejemplo aun con humildad rendida.

«Así conviene que cumplamos nosotros toda justicia.» Esta no es cláusula, es sima infinita de misterios. ¡Santísimo Padre, cómo? ¡Que ni en el encarnar, ni en el nacer, ni en el morir, ni en el resucitar dijese que cumplia toda justicia, y aquí lo dijese, cuando él es bautizado de Juan, y Juan de él! ¿Qué hay aquí de justicia? ¿Cómo se cumple toda justicia donde el hecho es sacramento; donde no hay pueblo? Rio era, y no tribunal, en el que estaban. Esta vez el agua del Jordan vidriera es de toda la justicia de Dios, de toda, y cumplida en todo. Dejar el rey su casa y su ciudad por el bien de sus reinos, justicia es. Buscar el criado que no se halla digno de desatar la correa de su zapato, justicia es. Humillarse por salvar los que tienen á cargo, justicia es. Desnudarse por los que han menester su desnudez, justicia es. Rehusar Juan levantar la mano sobre la cabeza de su Señor, aun para bendecirle, justicia es. Estorbar que aun en el desierto el silencio de las peñas y la fuga del agua y el ruido le vean mas alto que su Señor, justicia es. Mortificarse el criado con la obediencia en tan altos favores, justicia es. Autorizar el Rey los despachos de tan grande ministro con tan prodigiosa demostracion, justicia es. Que el rey pase por lo que ordena que pasen todos, justicia es. Que el príncipe, para introducir el remedio de los suyos, no repare en desnudarse de la majestad ni en humillarse, justicia es. Que empiece por sí mismo la ley que quiere dar á todos, justicia es. Que use del remedio que da, justicia es; pues aunque no le ha menester para la disculpa, le ha menester para el ejemplo.

Solos estaban Cristo y san Juan, mas no por eso el privado se alargó en admitir favores, ni usó de la familiaridad; recibió el criado aquella honra que le mandó el Señor que la recibiese. De otra manera negocian su perdicion en el mundo los ministros que (como ellos dicen) cogen á sus príncipes á solas, sin entender que el príncipe para el criado no puede estar solo, porque el reino, el oficio, y el ser lugarteniente de Dios no son separables del rey. Bien habrá habido criados que hayan visto desnudos á sus reyes delante de ellos, y humillados; mas esto no habrá sido porque los reyes propios lo hiciesen por el bien comun, ni lo rehusarian los malos criados. Por eso en los tales con su rey, no se cum-

(2) Tu mihi lavas pedes?

ple toda justicia como aquí. No dice Dios que estos son sus hijos. No solo no lo dice Dios, mas sus padres se corren de haberlo sido, y de que ellos digan que lo son. Aquí fué en el Jordan donde (1) «se apocó á sí mismo recibiendo forma de criado.» No le apocó el criado, él se apocó. El criado queria reverenciarlo como Señor; mas él, porque conociesen que era el Señor que lo merecia ser, se apocó recibiendo la forma de criado. Apocarse es virtud, es poder, es humildad; dejarse apocar es vileza, es delito. Siempre Cristo mostró que en todo lo que se hacia con él tenían poca parte los que lo hacian, ni el poder. Iba preso, quisole librar Pedro, y le dijo: «¿Piensas que si yo quisiera librarme, y pidiera á mi Padre que me enviara de guarda un ejército de ángeles, que no me los enviara?» A Pilatos, cuando le dijo que tenia poder de darle muerte y librarle, le respondió que no tuviera poder si no se le hubiera dado de arriba. «Yo tengo potestad de vivir y morir», dijo.

Tan gran Rey fué, y tan solo Rey, que hasta en el padecer y en el morir, que fué á lo que vino, quiso que supiesen que padecía porque queria, porque convenia á su honor y al negocio. «Vió los cielos abiertos, y al Espíritu Santo que bajaba como paloma y quedaba en él. Y veis una voz del cielo que dice: Este es mi Hijo amado, en el cual me agradé.» Aquí tambien se le guardó su justicia á la oracion; ella penetra los cielos siendo fervorosa; ella los abre, y ve abiertos: ora Cristo, y abre los cielos y vélos abiertos. ¡Buen Rey, que por medio de la oracion trata con Dios los negocios de su reino! «Y vió al Espíritu Santo que bajaba sobre él.» Justicia es que á Rey que se deshace por los suyos y recibe forma de siervo por hacerlos señores, el Espíritu Santo baje sobre él, y quede en él, y le dé á conocer. Justo es que se abra el cielo cuando Cristo instituye el bautismo, con que se ha de poblar su gloria, y restaurar su vecindad ya perdida. Justo es que donde el Hijo de Dios se humilla, el Espíritu de Dios baje. Ved, Santísimo Padre, si donde el criado y el Señor, el cielo y la tierra, el Hijo de Dios y su Espíritu hicieron tantas justicias, se cumplió toda justicia; pues en solo el bautismo está todo. Así se ha de creer: nadie puede salvarse, si no renaciere por el bautismo del agua y del Espíritu Santo.

Bien se conocen los grandes méritos de Cristo en esta accion del Jordan: bien los declaró con demostraciones de todo el cielo. Y ya hubo alguno que, predicando ó haciendo que predicaba por decir cosa que nadie hubiese dicho, dijo lo que nadie puede decir. Declarando estas palabras «Este es mi Hijo muy amado», se atrevió á errar contra la letra sagrada, diciendo: En el Tabor, donde estaba glorioso y trasfigurado, lo dijo afirmativamente; mas en el Jordan, donde le vió humilde y arrodillado, lo dijo como dudando: «¿Este que así está postrado, es mi Hijo amado?» Este, como admirándose de que fuese. — ¡Gran desdicha de los tiempos! no que haya un impío, un ignorante que tal desacierto pronuncie contra toda la verdad; mas que se usen auditorios que tales cosas las aplaudan, y no las enmienden. Vino Cristo á nacer, á padecer y á morir: á eso le envió su Padre, no á gloria ni á descanso; y desconoció cuando hacia lo que le habia ordenado, y á que le enviara? Que si fuera posible desconocerle, habia

(3) Exinanivit semetipsum, formam servi accipiens.

de ser glorioso en la tierra, que en un instante hizo á Pedro que desconociese el oficio de Cristo, y á lo que venia, pues olvidársele no era posible. ¡Grande ignorancia atreverse á llamar indigna de Cristo la accion que abrió los cielos, y cumplió toda justicia, y bajó al Espíritu Santo! ¡Qué ignorancia tan grande, que diga aquel perdido que no le agrada Cristo, donde el Padre eterno diciendo que es su Hijo dice que le agrada: *In quo mihi bene complacui!* Perdoneme el que la reprension forzosa á tan mala doctrina ocasiona, por la demasiada cortesía de callar su nombre.

Tan de otra suerte lo pondero yo, Beatísimo Padre, que he considerado con novedad, y muchas veces, qué fué la causa de que en el Tabor y aquí en el Jordan se oyese esta aprobacion y testimonio del cielo, y no en su nacimiento divino; no en la adoracion de los Reyes (cosa de tanta majestad); no en aquel milagro tan espléndido de los panes y los peces; no en la resurreccion de Lázaro; no en su muerte; no en su resurreccion: yo lo he considerado el primero. Y tambien, porque en el Tabor añadió las palabras: «Este es mi Hijo amado, oídle;» y en el Jordan no dijo que le oyesen, sino que era su Hijo. Por la primera diferencia mucho responde todo este capítulo; pues en las demas acciones milagrosas referidas se vieron esfuerzos de su amor por el hombre, hazanas de su justicia contra el pecado original; mas en el Jordan se cumplió toda justicia de su parte, de la de su ministro, de la del Espíritu Santo, y del Padre. Y como él encarnó por librar al hombre del pecado original, vivió y murió por eso, y el bautismo es el sacramento que nos santifica contra él y nos limpia mas de la culpa, que fué la causa de su pasion, — fué justicia, como lo demas, que aquí se abriese el cielo, donde moria la culpa que nos le cerró; que aquí bajase el Espíritu Santo, donde la carne mortal se disponia á poderle recibir; que bajase en forma de paloma, en el rio donde se ahogaba la primera serpiente; que el Padre dijese: «Este es mi Hijo en quien me agradé,» pues entonces por él empezó el hombre inobediente y ciego á serle agradable. Estas cosas tan especiales dieron estos favores á esta accion particularmente entre todas las demas, y tambien al intento de mi obra, porque en los reyes las acciones de justicia son las de primera alabanza; y entre ellas serán las de mayor alabanza las de toda justicia; y esta fué sola en la que él dijo «que así convenia cumplir toda justicia.» Y es de advertir que todo el oficio de los reyes es justicia. No les dice otra cosa el Sabio (2): «Amad la justicia los que juzgais la tierra.» No es opinion mia decir que los reyes en la justicia tienen la misericordia. San Pedro (llamado *discurso de oro*) dice (3): «Dios, salva la verdad, se apiada; el cual así da perdon á los pecados, que en la misma misericordia guarda justicia y razon.» Pues en el Tabor bien mereció Cristo favor tan preferido, donde se vistió de fiesta para morir, donde estando en gloria trataba de su muerte, donde se enojó con el mas favorecido porque le desviaba de ella con amor y con ternura, donde á tratar de su fin trajo los muertos y despertó los dormidos. Que Cristo entre sus enemigos afligido trate de padecer, grande

(2) Diligite justitiam, qui judicatis terram.

(3) Deus enim salva veritate miseretur, qui sic dat peccatis veniam, ut justitiam in ipsa miseratione, rationemque custodiat. (Serm. 6, al fin.)

cosa es; mas que trasfigurado, y entre sus discípulos, y con sus criados trate de morir, fineza es digna de la demostracion del Jordan.

Resta ver por qué en el Tabor se añadió *ipsum audite* á las palabras del bautismo. Y á mi ver el texto evangélico da la causa. En el Jordan Cristo y Juan decían una misma cosa, iban á su mismo fin: uno como Señor, otro como criado; entrambos cumplieron toda justicia, obrando uno como Dios, otro como ministro. En el Tabor no fué así: Cristo y los que están con él (1) hablaban con él de la partida que habia de hacer y cumplir en Jerusalem. Y así lo entiendo. De esto hablaban con Cristo Moises y Elias. Otro dijo (2): «Bien será que nos quedemos aquí.» Unos tratan con Cristo de su partida, Pedro de su quedada. El Evangelista dice que los de la partida hablaban á propósito, y no Pedro (3): «No sabía lo que decia.» Pues como era parecer tan contrario á lo que convenia al género humano y á Cristo y á su Padre el de san Pedro, fué necesario que se dijese (4): Oidle á él, que trata de ir donde le envié; no á Pedro, que pretende que se quede aquí. Santísimo Padre, cuando los primeros ministros descaminan, aunque sea con buen celo, el oficio del rey, si callan todos, el cielo habla. Y cuando advertidos del cielo prosiguen, como hizo Pedro en bajando del monte: *Non expedit tibi, Domine: Absit à te, Domine*, entónces no se excusaba el despedirle: *Vade retro post me*. ¡Justa cosa mandar que se vaya al que queria quedarse! El cielo y Dios habla en los predicadores. Ministro que no los oye y prosigue, despedirle; y en el rio y en el monte sea oido solo el rey; y no se atreva el criado á desatar la correa de su zapato, ni á bendecirle, si él no se lo mandare.

CAPITULO XX (5).

La paciencia es virtud vencedora, y hace á los reyes poderosos y justos. La impaciencia es vicio del demonio, seminario de los mas horribles, y artifice de los tiranos. (Joann. 20.)

Thomas autem cum audisset à condiscipulis suis, quod vidisset Dominum, respondit: Nisi videro fixuram clavorum, et mittam manum meam in latus ejus, non credam. Denique venit, et dicit Thomas: Infer digitum tuum huc, et vide manus meas, et affer manum tuam, et mitte in latus meum: et noli esse incredulus, sed fidelis. Respondit Thomas, et dixit ei: Dominus meus, et Deus meus. «Como Tomas oyese de los que con él eran discípulos, que habian visto al Señor, respondió: Si no viere la señal de los clavos, y no metiere mi mano en su lado, no creeré. Finalmente vino y dijo á Tomas: Entra tu mano en mi lado, y no quieras ser incrédulo, sino fiel. Respondió Tomas, y dijo: Señor mio y Dios mio.»

San Cipriano empezó aquella elegantísima oracion del bien de la paciencia con estas palabras (siguiendo á Tertuliano, á quien llamaba maestro): «Habiendo de hablar, hermanos dilectísimos, de la paciencia, y declarar sus utilidades y provechos, ¿de dónde podré mejor empezar, que de la necesidad que ahora tengo de vuestra paciencia para oirme? Porque esto mismo que ois y aprendeis, sin la paciencia no lo podeis obrar.»

(1) Loquebantur de excessu. (2) Bonum est nos hic esse. (3) Nesciebat quid diceret. (4) Ipsum audite. (5) Este capítulo es muy notable en su materia, y digno de ser leído con toda atencion.

De esta prevencion me excusa, serenísimo, muy alto y muy poderoso Señor, el hablar en todo este libro con vuestra majestad, en quien resplandece heroica esta virtud, que el mismo santo mártir llama en esta oracion *bien de Cristo* (6); y en otro lugar de la propia oracion dice (7): «Porque esta virtud es comun á nosotros con Dios.» Esto, que es de tan esclarecida loa al real ánimo de vuestra majestad, es de confianza á la poquedad de mi entendimiento; porque así como el que teme hablar con vuestra majestad reverencia su grandeza, así quien osa hablar con tan soberana grandeza, conoce vuestra piadosísima clemencia y benignidad. Yo trataré de la virtud de la paciencia ética, política y cristiana, y probaré que para la guerra no solo es fuerte y eficaz, sino que en la guerra, sin ella, los mas fuertes son flacos; que siempre venció quien la tuvo; que siempre quien no la tuvo fué vencido; que es autora de la paz, y quien la conserva, y quien solamente sabe gobernar en la paz y en la guerra; que ella contradice á todos los vicios; que con ella florecen todas las virtudes.

Mucho pareciera lo que prometo de esta virtud, si no fuera aun mas lo que ella obra. Por ser este capítulo el mas importante de esta Política para todos y particularmente para los reyes y monarcas, busqué con atenta consideracion en toda la vida de Cristo nuestro Señor, que toda fué paciencia desde el nacer al morir, lugar en que autorizar mi discurso; y por el mas encarecido de su soberana, inmensa y benigna paciencia, escogí este del apóstol santo Tomas. La causa que me obliga á preferirle á tan innumerables actos de paciencia en Cristo nuestro Señor, quiero que preceda á la doctrina política cristiana. Aguardó el Hijo de Dios, para encarnar, con paciencia enamorada, que se llegase el plazo de las profecias y el de las semanas; aguardó para hacerse hombre el sí de su criatura, de su Madre y siempre Virgen; aguardó en su sacratísimo vientre los plazos de la naturaleza en los meses; nació yendo á obedecer el edicto de César, quien esobedecido de los serafines; consintió que le fuese cuna un pesebre, y compañía dos animales; que siendo él fuego del divino amor, le hospedasen las pajas y el heno, no solo seguros de incendio, sino gozosos; tuvo paciencia viendo que Heródes le espiaba la vida, y siendo toda la valentia del cielo, para huir con sus padres á Egipto. Esto será esplayarme sin orilla, si prosigo por todas las acciones en que Cristo nuestro Señor tuvo la paciencia con ejercicio grande é incomparable. Llamáronle *comedor y endemoniado*, y no se enojó; quisieronle apedrear y despeñarlo, y tuvo paciencia; sufrió á Júdas á su lado, tuvo paciencia para sentarle á su mesa, y para que comiese en su plato; besóle para entregarle, y pacientísimamente consintió el beso; escupieronle muchos; dióle un ministro una bofetada, y el golpe que alteró el rostro no demudó su paciencia. Azotóle Pilátos; hicieron burla de su majestad los soldados, hiriéndole con golpes, coronándole con espinas. Las señales se vieron en su santísimo cuerpo, no en su paciencia. Esta mas allá estaba de la furia y de la crueldad: todos la ejercitaban, nadie la irritó. Pusieronle desnudo en la cruz por malhechor, entre dos ladrones. Tuvo paciencia para todas tres cruces: para la que padecía; para la del buen ladrón, perdonándole, y acompañándose con él en su rei-

(6) Nam ut patientia bonum Christi. (7) Est enim nobis cum Deo virtus ista communis.

no; para la del malo, viendo que aun un ladrón no le queria acompañar. Vió á su santísima Madre al pié de su cruz, vióla que le veía; vió que su cuerpo y su pasion la eran martirio; tuvo paciencia para dejarla, para llamarla mujer, y darla por hijo su discípulo querido; para dársele por madre. ¿Puede ser la paciencia de Cristo mas hazañosa, mas divina, ni mas encarecida? Señor, maravillosas acciones son estas, dignas solo del que era hijo de Dios y Dios verdadero; mas se obraron todas siendo hombre pasible, y que padecía como tal lo que vino á padecer por su amor y por nuestro remedio. Empero dudar Tomas apóstol que hubiese resucitado, y decir que si no ve las señales de los clavos y entra la mano en su costado, que no la ha de creer; y mandarle Cristo nuestro Señor resucitado, glorioso, impasible, que metiese la mano en su costado y mauese sus llagas, es hazaña de la paciencia divina, que excede toda ponderacion, adonde se desahienta el espanto.

San Pedro Crisólogo pesa los quilates inmensos de esta paciencia en el sermón 84. Juzguen los oídos y los ojos con oírlos ó con verlas el fil de las balanzas de sus preciosas palabras, que aun el desaliño de mi estilo no podrá apagar todas las luces que tienen. «¿Por qué así Tomas requiere las señales de la fe? Por qué á quien tan piadosamente padece, tan duramente examina resucitado? Por qué aquellas heridas que la mano impia rasgó, la diestra devota de nuevo las ara? Por qué el lado que la impia lanza del soldado abrió, vuelve á cavarle del discípulo la mano? Por qué los dolores que causaron los furioses de los que le perseguian, la cruel curiosidad del compañero los renueva? Por qué con los tormentos al Señor? Por qué á Dios con las penas? Por qué, para averiguar el médico celestial, el discípulo se informa de la herida? Cayó la potestad del demonio, abrióse la cárcel del infierno, fueron rotas las ataduras de los muertos. Muriendo el Señor, se arrancaron los monumentos; y resucitando el Señor, toda la condicion de la muerte fué mudada; fué trastornada la piedra del mismo sacratísimo sepulcro del Señor; las ligaduras fueron deslazadas, y á la gloria del que resucitaba huyó la muerte, volvió la vida, resucitó la carne, que no habia de volver á caer. ¿Y por qué á tí solo, Tomas, demasadamente curioso explorador, pides que solas las heridas se presenten para el juicio de la fe? ¿Qué fuera si estas como otras cosas se hubieran borrado? ¿Cuál peligro hubiera ocasionado á tu fe esta curiosidad? ¿Juzgaste que no podias hallar algunas señales de piedad, ni documentos de la resurreccion del Señor, si no sureabas con tus manos las entrañas que la judaica crueldad habia arado?» No se hartaba el Santo de mas elegante pluma, de mas sabroso estilo, con mejor metal de palabras, de ponderar la mas encarecida ocasion á la mas encarecida paciencia de Cristo.

Tertuliano, en su doctísimo libro *De Patientia*, dice (1): «La paciencia del Señor fué herida en Malco.» Grande encarecimiento de la paciencia misericordiosa! Mas en Tomas fué la paciencia de Cristo en él propio (digámoslo así) sobreherida. Solamente la incredulidad inventara herir las mismas heridas; hizolas la judaica incredulidad, volvió á abrirlas la del discípulo; sus dedos volvieron á ser clavos, su mano lanza. Segun esto, acreditado deja la eleccion que hice de este lugar, y accion de paciencia en Cristo, para arrimar firmemente á

(1) Patientia Domini in Malcho vulnerata est.

su doctrina este capítulo. Para empezar á discurrir en lo político cristiano, resta averiguar la utilidad que resultó de esta incredulidad, que obligó á Cristo resucitado á tan soberana paciencia. Consecutiva al lugar referido la declara san Pedro Crisólogo: «Buscó, hermanos, esta piedad, inquirió esta devocion que despues ni la misma impiedad pudiese dudar que el Señor resucitó. Pero Tomas no solo curó la incertidumbre de su corazon, sino la de todos. Habiendo de predicar esto á las gentes, diligente ministro, inquiria cómo fortaleciese sacramento de tanta fe. De verdad mas fué profecía que terquedad. ¿Pues para qué habia de pedir esto, si de Dios no le hubiera sido revelado con espíritu profético, que para el juicio de su resurreccion se guardaban sus heridas?» En importando, Señor, á la salud de los suyos, que la paciencia de Cristo sea ejercitada en su cuerpo, dispensa los privilegios de resucitado.

Yo aplico, para la inteligencia de este misterio, literales las palabras del Apóstol (2): «Todo lo cerró Dios en la incredulidad, para apiadarse de todos. ¡Oh altura de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuán incomprendibles son sus juicios, y cuán investigables sus caminos! ¿Quién conoció el sentido del Señor? ¿quién fué su consejero? ¿quién lo dió á él primero, y se le dará retribucion?» No sé que haya otro lugar en todo el Testamento nuevo, en que literalmente se viese que Cristo lo cerrase todo en la incredulidad, para tener misericordia de todos, sino este de santo Tomas; pues en su incredulidad desengañada y convertida en fe por la paciencia de Cristo, curó con misericordia la duda de todos los corazones, como lo afirma san Pedro Crisólogo en el lugar referido, diciendo que dudó Tomas para que nadie dudase. Es tan sublime esta misericordiosa paciencia de Dios, que en acabándola de referir, exclama san Pablo con tan esclarecidas palabras: «¡Oh altura de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuán incomprendibles son sus juicios, y cuán investigables sus caminos!» Exclamacion que nos da bien á entender de cuán majestuosa admiracion está colmado este misterio, y que para mi intento es el ejemplar mas á propósito y el mayor.

Ofréceseme considerar con novedad (quiera Dios con provecho y acierto) por qué causa, siendo María Magdalena tan favorecida de Cristo, y tan amartelada y tierna amante suya, y que con tanta solicitud y lágrimas le buscaba en el sepulcro, habiendo asistido al pié de la cruz; cuando buscándole, y no conociendo á Cristo, le pregunta por sí mismo, y Cristo con amor llamarla María se da á conocer, y ella derretida en solo le llama Maestro, Cristo la dice (3): «No me quieras tocar;» y á Tomas, que certificándole los demas apóstoles que Cristo habia resucitado, dijo con despego incrédulo: «Si no veo las señales de los clavos y entro mi mano en su costado, no lo creeré;» no solo se le aparece, no solo dice que le toque, sino le manda que le escudriñe las entrañas, que le repase las heridas. ¿Por qué el Señor dispensa aquí, para que le toque Tomas, el inconve-

(2) Conclusit Deus omnia incredulitate ut omnium miseretur. O altitudo divitiarum sapientiae, et scientiae Dei! Quam incomprehensibilia sunt judicia ejus, et investigabiles viae ejus! Quis enim cognovit sensum Domini? Aut quis consiliarius ejus fuit? Aut quis prior dedit illi, et retribuetur ei? (Cap. 11 á los romanos.) (3) Noli me tangere.

niente de no haber subido al Padre, y en la Magdalena no lo dispensa, pues dice (1): «No me quieras tocar, porque aun no he subido á mi Padre?»

Señor, en tocar la Magdalena á Cristo no habia interes de bien universal, solamente una caricia amorosa de reverencia y adoracion; mas en el tocar Tomas á Cristo habia utilidad para la fe y creencia de todos. Del tacto de aquella mano pendian los corazones de todos los hombres, el crédito de aquella gloriosa resurreccion. Aquella mano, tentando con duda, adiestra á que nosotros con la fe, que es ciega, acertemos creyendo. Por eso acaba su sermón el gran Crisólogo diciendo (2): «Vengan y oigan los herejes, y como dice el Señor, no sean incrédulos, sino fieles.» Cristo nuestro señor no dispensó por las caricias en sus favorecidos y amados algo de su severidad, y siempre dispensó por el provecho y mejora de los suyos y de las almas. Cuando á vuestra majestad le dicen que un vasallo hizo de otra manera lo que en su real nombre se le mandó, ó que lo hizo mal, ó que no lo hizo, entonces ha de dispensar á intercesion de la paciencia (virtud de Dios) con su poder para castigarle, con su ira para deshacerle. Entonces para reducirle ha de hacer las mas encarecidas pruebas de su real ánimo: no solo le ha de oír vuestra majestad, no solo dejar que le vea, ha de consentir que ponga la mano en las diligencias que á su remedio importan; que en estos negocios tanto importa á los reyes dejar que los toquen los acusados para que los reyes no crean acusaciones envidiosas, como que los toquen para creer y obrar lo que dicen y mandan.

¿Cuál descortesía pudo igualarse á no creer que Cristo habia resucitado, habiéndolo él dicho, y diciéndoselo á Tomas los otros apóstoles? Empero el Señor, que vió el bien que resultaba de aquella incredulidad, olvidó la descortesía y atendió al provecho del mundo. ¿Quién contará los príncipes á quien ha depuesto su impaciencia? ¿Los que por ella han sido cuchillo de sus reinos, veneno de sus buenos vasallos, fin de sus grandezas, vituperio de sus ascendientes, infamia de los siglos, escándalo á los porvenir y abominacion á la memoria de las gentes? ¿Quién, sin perder la paciencia, pudo ser cruel? ¿Quién avaro? ¿Quién soberbio? ¿Quién adúltero? ¿Quién tirano? Si pudo resultar provecho tan grande de la incredulidad de Tomas examinada, ¿por qué, Señor, no podrá resultar para los reyes y príncipes de la duda y terquedad de los vasallos? Para que esto no se averigüe, los que mal los asisten procuran que no solo no puedan tocar á los monarcas, mas ni verlos ni hablarlos. No quieren que la mano delincuente negocie por sí, sino con las manos que la hacen delincuente. Dios guarde á vuestra majestad, que en esto ha dado ejemplo á todos los reyes de su tiempo, cuando en materia tan ardua y temerosa se cerró con el duque de Ariscot, gran señor en Flándes (a), y le oyó, y vió, y acercó á sí con piedad magnánima: de

(1) Noli me tangere, nondum enim ascendi ad Patrem meum.

(2) Veniant, et audiant haereticus: et sicut dixit Dominus, non sint increduli, sed fideles.

(a) En 12 de julio de 1621 le besó la mano al rey Felipe IV, como embajador del archiduque Alberto que murió por aquellos días. Antes que en Flándes falleciese la infanta doña Isabel Clara Eugenia, Ariscot fué enviado por su embaajador á Madrid, y preso pocos meses despues en esta corte, á mediados de mayo de 1634, á título de sabidor y encubridor de las traiciones del duque de Frilan. Tres años mas adelante vino su mujer la duquesa, con el

que espero resultará á él libertad con perdon, y á vuestra majestad gloria con seguridad.

El grande y magnánimo rey don Alonso de Aragon (á quien todas las naciones llaman por excelencia el Sabio) tuvo tan docta é invencible paciencia, que no solo sufrió que se le atreviesen, como se vió en el soldado que en público en Nápoles le detuvo con insolencia, mas no contento con perdonarlos, premió á los que de él hablaban mal; y no consintió que en su presencia se dijese de otros, como sucedió con los que notaron á Nicolao Pichinino de bajo nacimiento. No solo no rehusaba que no le obedeciesen, ántes mandaba á todos sus consejos que no le obedeciesen en lo que ordenase contra razon; y á los ministros que dependian de estos superiores, mandaba que no los obedeciesen en lo que no fuese justo. Así lo refieren todo esto de este raro ejemplo de reyes valientes y sabios y católicos Antonio Panormitano, en el libro que en latin escribió de sus dichos y hechos, adicionado por el doctísimo Enéas Silvio, obispo de Sena, por otro nombre papa Pio. Léase este libro y el que de su historia escribió el elegantísimo Bartolomé Faccio, y se verá cuánto mayor rey fué don Alonso con una paciencia perpetuamente docta y triunfante, que Alejandro Magno y César; cuánto mayor capitán que Anibal y Escipion; cuánto mas sabio que Sócrates.

Conozcan pues los que á los príncipes les quitan la paciencia, todo lo que les quitan; pues les quitan todo lo que es bueno y real. Deseo saber dónde halló Neron paciencia para sufrir siempre y solos á aquellos que le quitaban la paciencia para que no pudiese sufrir á ningunos otros; y cómo y dónde dejaron estos paciencia en Neron para sí, quitándosela para los demás. Tropelia es del diablo esta: padeciola Roma en este y en otros malos emperadores, sin entenderla. Tan grande virtud y tan real es la de la paciencia, que Tertuliano dice de ella estas animosas y altísimas palabras, hablando de Cristo (3): «El que propuso esconderse en la figura de hombre, nada de la impaciencia de hombre imitó. De esto principalmente, fariseos, debisteis conocer al Señor; paciencia semejante ningun hombre pudo alcanzarla.» ¡Gran dignidad de la paciencia, que diga tan elegante y docto escritor que de la paciencia de Cristo principalmente debieron conocer los fariseos que era Dios; pues siendo hombre, no participaba nada de la impaciencia de hombre! ¿Quién desecha virtud que da á conocer á Dios, siendo hombre? Y ¿cuál hombre admitirá la impaciencia, no solo pecado del demonio, sino artífice de los demonios y de los pecados y de los pecadores? Así lo prueba, desde Luzbel y Adan y Cain, universalmente san Cipriano, en su *Oracion de Paciencia*. Segun esto, los que á su señor dijeren que tener paciencia es de esclavos, y de bestias el sufrir, contradice á

hijo heredero, á solicitar la causa de la prision de su marido; pero este jamas obtuvo libertad, y murió al fin en la casa que llaman de las *Siete chimeneas*, en la calle de la Reina, que últimamente le sirvió de cárcel. (Así nombra la casa y la calle la *Relacion de lo sucedido en España, Italia Francia, Flándes, Alemania y otras partes, desde Abril del año pasado de 34 hasta Abril deste presente año de 1633*; impreso de la Biblioteca nacional.—Véase además á Leon Pinelo, *Historia de Madrid*, MS.)

(3) Qui in hominis figura proposuerat latere, nihil de impatientia hominis imitatus est. Hinc vel maxime Pharisaei Dominum agnoscere debuistis: patientiam hujusmodi nemo hominum perpetraret.

la verdad calificada por Cristo con sus mismas experiencias.

Tiene el diablo sus paciencias, porque siempre pone los nombres de las virtudes á sus maldades. Aconsejan los instrumentos de Satanás, que por un leve descuido quiten el oficio y el crédito á uno: quejase, y dicenle con enojo que agradezca á la suma paciencia del rey el haberle sufrido sin hacerle morir en una prision; préndenle, y dicenle que agradezca no haberle hecho quitar la vida; hácenle morir, horan los hijos,—dicen que fué paciencia no degollarlos con el padre. ¿Quién creará esto, sino el que lo mandare hacer? Porque el demonio que lo aconseja, porque conoce lo que es, lo aconseja. El no hace sino poner nombres: á la soberbia llama grandeza, y á la envidia atencion, y al robo ganancia, y á la avaricia prudencia, y á la mentira gracia, y á la venganza castigo; y por el contrario, á la humildad vileza, á la pobreza infamia, al desinterés descuido, á la verdad locura, y á la clemencia flojedad. Y los que estudian por estos vocabularios solo adquieren suficiencia para condenados. Dije que la paciencia siempre era vencedora en la guerra: lo que yo dije dicen las historias del mundo. Alejandro el Magno, á quien el grito universal da mayor gloria militar, véase si fué en otra virtud tan frecuente ni tan glorioso: léanse sus acciones con los vencidos, con los que se le dieron, con los enemigos que cautivó. ¿Cuál ejemplo de paciencia dió con el aviso del veneno! ¿Cuál de constante ánimo y sufrido en las heridas, pues dice Plutarco que no tenia parte en su cuerpo que no se le señalasen! ¿Cómo trató á la mujer é hijas de Darío! ¿Cómo sufrió el motin de su gente! ¿Cuán magnánimo fué en dar lo que mas queria! ¿Con cuán dócil paciencia oía de los sabios los consejos y las reprehensiones! ¿De Diógenes los desprecios! Julio César, que le es segundo, solo tuvo por principio, medio y fin de sus glorias la paciencia: esta fué su imperio y su mayor estratagema en la guerra. Carlos V, nuestro glorioso emperador, á quien estos dos deben ceder, á entrambos los excedió en grandeza. Nadie mereció el imperio con mas virtudes, ni lo tuvo con mas triunfos, ni le dejó con tanta gloria; y esto porque los excedió á todos en la virtud de la paciencia. No se lee sin ejemplo en ella alguna palabra en su vida ni en su muerte, por eso gloriosas entrambas.

Señor, esta doctrina de la paciencia militar un ejemplo de los romanos es quien mejor la enseña. Quinto Fabio Máximo (llamado *El Cuntador*, *El Detenido*, que en sustancia es *El Sufridor*), conociendo la valentía y astucias de Anibal, y que si recibia batalla ó si se la daba se perdia, aconsejado con la paciencia le llegó á desesperar. Los bachilleres en el senado llamáronla cobardía; enviaron otro que alternativamente mandase con él: este de impaciente dió la batalla de Cánas y perdióse con toda la nobleza romana, solo por haber perdido la paciencia con que Quinto Fabio vencía sin pelear. Irrefragable texto es en el libro 4 de los *Macabeos*, en el verso 3 del cap. 8 (1). «Y (oyeron) cuanto habian hecho en la region de España, y como habian puesto bajo de su poder las minas de plata y de oro que hay allí, y habian conquistado toda la region por su consejo y

(1) Et (audierunt) quanta fecerunt in regione Hispaniae, et quod in potestatem redegerunt metalla argenti et auri, quae illic sunt: et possederunt omnem locum consilio suo et patientia.

paciencia.*» Donde el nombre *paciencia* dice literalmente toda la valentía victoriosa de los romanos en España.

La paciencia, Señor, no da lugar á la ira ni á la passion, con que estorba la ceguedad, y se le debe la vista; da lugar al consejo, y al mejor consejero, con que se le debe el acierto: ella dispone la prevencion propia, y embaraza la ajena; no admite presuncion ni orgullo, con que no se precipita; no cree lijeramente, con que no se engaña; no se cansa de oír, con que se informa; ni de ver, con que se asegura; en los casos adversos se recobra, en los prósperos se reporta. Pues, Señor, si esto obra la paciencia, y la impaciencia lo contrario; y Cristo naciendo, viviendo y muriendo, y lo que mas es, resucitado, nos es (todo y en todo) ejemplo de paciencia, ¿quién no conocerá en ella y por ella todas las utilidades de la guerra y de la paz del alma y del cuerpo, de la vida y de la muerte? Mucho importa la paciencia para vencer; mas si el vencedor la deja, podrá ser vencido de su propia victoria por la confianza de ella. Cristo nuestro Señor, muriendo, habia vencido la muerte y el infierno con la paciencia; y con no poder ser vencido nunca, ni de nada, victorioso y triunfante y resucitado, no solo tuvo paciencia, sino la mayor, como he probado en este capítulo. ¿Quién peleó como Job con todos los elementos, con Satanás, con la salud y con los amigos? ¿Cuál persecucion fué igual á la suya? Todo lo venció con la paciencia. Y victorioso por no quedar sin ejercicio de paciencia, dice Tertuliano en su libro *De patientia*, que no pidió á Dios que le volviera, con lo demás, sus hijos, que le habia muerto la ruina de la casa; que si los pidiera, otra vez se llamara padre. Sufrió tan voluntaria orfandad por no vivir sin alguna paciencia (2). Hasta en esto fué Job sombra de Cristo, que despues de la victoria que le dió la paciencia, quiso quedarse con paciencia que le conservase victorioso. Que la paciencia en el príncipe y en los vasallos es el alma de la paz, es cierto; porque la paz es amor y caridad, y la caridad el Apóstol dice es paciente y es sufrida.

Con admirable elegancia lo dice Tertuliano (haréle español, con temor de poder expresar aquella elegancia africana) (3): «La dileccion, dice, es magnánima: así admite la paciencia. Es bienhechora: la paciencia no hace mal. No envidia: eso propio es de la paciencia. No sabe á protervia: la modestia tomó de la paciencia. No se hincha, no se encona: no son cosas que pertenecen á la paciencia. No cobra lo propio: súfrela mientras á

(2) Estas son sus palabras: «Et si filios quoque restitui voluisset, pater iterum vocaretur. Sustinuit tam voluntariam orbitatem, ne sine aliqua patientia viveret.»

(3) Dilectio, inquit, magnanimitas est, ita patientiam sumit. Benefica est: malum patientiam non facit. Non aemulatur: id autem proprium patientiae est. Nec protervum sapit: modestiam de patientia trahit. Non inflatur, non protervit: non enim ad patientiam pertinet. Nec sua requirit: suffert sua, dum alteri prosit. Nec incitatur: caeterum quid impatientiae reliquisset? Ideo, inquit, dilectio omnia sustinet, omnia tollat: utique quia patiens. Meritò ergo nunquam excidet: nam caetera evacuabuntur, consummabuntur. Exhauriuntur linguae, scientiae, prophetiae: permanent Fides, Spes, Dilectio. Fides, quam Christi patientia induxit: Spes, quam hominis patientia spectat: Dilectio quam Deo magistro patientia comitatur. (Advierte que las palabras del Apóstol son de la version de Tertuliano, y que en la version Vulgata dice *Charitas* lo que aqui *Dilectio*; que no es todo el texto de san Pablo, sino sus palabras, una por una, con glosa de Tertuliano, como se siguen.)

otro aprovecha. No se irrita: ¿qué dejará á la impaciencia? Por esto dice: La dilección todo lo sufre, todo lo sobrelleva; conviene saber, porque es paciente. Con razón, pues, nunca caerá: todas las demás cosas se evacuarán, serán consumidas. Agotarse han las lenguas, las ciencias y las profecías: quedan la fe, la esperanza y la dilección. La fe, que la paciencia de Cristo introdujo; la esperanza, que la paciencia del hombre espera; la dilección, que teniendo á Dios por maestro, acompaña la paciencia.»

Luego pruébase que sin paciencia no se puede gobernar la paz: porque no hay fe, esperanza y caridad sin paciencia; y sin estas tres virtudes no puede haber paz, ni gobierno pacífico, ni cristiano. Por esto los que quieren á los reyes con paciencia para ellos solos, que á ellos solos los sufran, y que á todos los demás sean insufribles, en nada se ocupan tanto como en poner asco para la grandeza real en la virtud de la paciencia. Dicen que los hace despreciables, que los abate, que introduce pusilanimidad en su soberanía y abatimiento en su respeto; que les borra la majestad, y se la vulgariza. Dicen verdad, si se entiende de la paciencia con que los sufren á ellos solos.

Quiero quitar á la paciencia estas máscaras abominables con que estos solicitadores de la mentira desfiguran la paciencia, y que descubra la hermosura de su rostro una acción del rey don Alonso el Sabio, rey de Aragón, de Nápoles y Sicilia; rey que en los que le precedieron no tuvo de quien pudiese aprender ni ser discípulo, y de quien todos los porvenir aprendieron y aprenderán. Refiérela el libro citado de sus *Dichos y Hechos*, en el fol. 9, pág. 1, al fin; y refiérela Antonio Panormitano, que la vió: «Yendo que íbamos de Aversa para Capua, acaeció que el rey iba el delantero de todos: acaso halló que á un pobre hombre se le había caído en el lodo un asno cargado de harina, y él estaba en necesidad, sin haber quien le ayudase, dando voces. Los que algo atrás quedábamos vimos al rey apearse del caballo; vimos luego al rústico asido de la una parte del asno, y al rey de la otra; de manera que se lo ayudó á levantar del lodo. Nosotros entonces aguijamos y alimpiamos al rey del lodo que se le había pegado. El labrador que esto vió, y conociendo que era el rey, estaba espantado, y temblando de miedo pedía perdón. Esto fué, como veis, una muy poca cosa; mas sin duda fué causa la nueva que de aquí salió, para que muchos pueblos de la Campania se dieran muy libremente al rey.» Y añade en su nota ó glosa, Enéas Silvio, papa Pio: «El rey don Alonso, por haber ayudado al asnero, concilió á sí los de Capua.» Estas son, fielmente trasladadas, las palabras con que los refiere Antonio Rodríguez de Avalos en la traducción de este libro, que hizo y imprimió en Amberes en casa de Juan Steelsio, año 1554.

Señor, considere vuestra majestad si puede haber acción de rey en que intervengan mas bajos interlocutores: un asno, un villano, una carga de harina, un pantano. ¿Quién duda que si estuvieran con el gran rey los que llegaron despues á limpiarle el lodo, que riñendo al villano por desvergonzado, procuraran manchar con impaciencia aquel ánimo todo real? ¿Cuáles cosas dijera la retórica de la adulación contra el villano? ¿Qué inconvenientes hallara en el lodo para la grandeza coronada, y en la vileza del asno para el decoro de la

caballería? Lo cierto es, Señor, que el rey lo hizo porque iba solo. ¿Qué le dió este asno caído, y este lodo que le ensució, por medio de su magnánima paciencia? Muchos lugares de la Campania, y á Capua, fortísima ciudad y cabeza de aquella provincia. Mas y mejor, muy poderoso monarca, conquistó el nunca bastantemente alabado rey don Alonso con un borrico caído, que todo el poder de los griegos con el caballo preñado de escuadrás. El con lodo y sin sangre ganó una provincia: ellos con sangre y fuego y traición y engaño una sola ciudad. Juzgue vuestra majestad si debió mas aquel rey á su paciencia, que le apeó del caballo para levantar al asno caído y le enlodó en el pantano, que á sus allegados, que estregándole el lodo, no hacían otra cosa sino quitarle la tierra que agradecida á tal acción, pegándose á su vestido, le dió posesión de sí misma. Nunca se levantan mas los reyes que cuando se bajan á levantar los caídos, aunque sean bestias. Este rey (de quien se escribe que estudió tantas veces con sus glosas toda la Biblia, que casi la tenía de memoria) sin duda de aquella meditación se dispuso á imitar, como le fué posible, la paciencia de Cristo, Dios y hombre verdadero; y esto le hizo rey poderosísimo, muy sabio, siempre triunfante aun preso de sus enemigos, como se lee en su historia: en todo piadosísimo, sabio en dichos y en hechos, católico en ejemplo á todos sus vasallos, padre en el amor, rey y padre en la soberanía y gobierno, padre, rey y maestro en la enseñanza.

He dicho cómo en su vida y en su muerte todo lo obró Cristo nuestro Señor con paciencia, y luego que resucitó. Resta decir cuánto y con cuál amor favorece la paciencia de los suyos, y cuánto le merecen con la paciencia. Murió Cristo, y fué su sacratísimo cuerpo sepultado; y en aquellos días que estuvo en el sepulcro, bajó su sacratísima alma al limbo á sacar las almas de los padres, que con tan larga y envejecida paciencia le estaban aguardando por tantos siglos. Premió la paciencia ántes de resucitar con su glorioso cuerpo: línea, Señor, llena de celestiales promesas á los que esperaren en su divina majestad, y le esperaren con infatigable paciencia.

Seis apariciones de Cristo, verdadero rey y rey de gloria, se leen despues de su resurrección, y en todas mostró su inmensa paciencia con la incredulidad de los suyos, que no creían su resurrección y le tenían por fantasma, y oyendo á las santas mujeres que había resucitado, lo tenían por burla.

De suerte, Señor, que el ministro de que Cristo se servía para todos sus negocios, vivo, y muriendo, y muerto resucitado, fué la paciencia. Bien encomendada queda con estas meditaciones, para que el real ánimo de vuestra majestad y su piadosísima inclinación, su santo celo, su justicia católica, no despache nada sin ella, ni deje que se la usurpen, ni consienta que se la limiten, ni permita que se la comenten. Esto es desear que vuestra majestad prosiga lo que siempre ha hecho, y que siempre sea, como siempre ha sido, el mayor lugarteniente de Dios entre los monarcas temporales, y el mas obediente hijo de su vicario en la universal y católica Iglesia romana.

CAPITULO XXI.

En que se inquiera (siendo cierto que todas las acciones de Cristo nuestro Señor fueron para nuestra enseñanza) cuál doctrina nos dió con los grandes negocios que en las apariciones despachó despues de muerto y resucitado, no pudiendo nosotros resucitar en nuestra propia virtud, y en elegir en apóstol á san Pablo despues de su gloriosa ascension á los cielos. — Es texto las apariciones y el lugar de los actos de los apóstoles.

El lado de los grandes príncipes, en algunos de los que abrigan con él siempre su valimiento, tiene la asistencia que la alma eterna en el cuerpo mortal; pues como esta le disimula la corrupción, los gusanos y la ceniza, que en dejándole deshabitado se manifiestan, así aquel reprime el temor, la desconfianza y la incredulidad y otras cosas que valen por gusanos y horror. No consiente la familiaridad del príncipe que las advertencias leales, ó las quejas justas, ó las acusaciones celosas le descubran el asco que cierran los tales en los sepulcros de sus conciencias. No porque el monarca manda que no le desengañen, sino porque la gente engañada con el esplendor de la fortuna en que los mantiene siempre acerca de sí, ó respeta su elección ó la teme. Ignóranse los peligros que hay en los caminos, y los venenos que se retraen en las cavernas, y las fieras que se ocultan en los bosques, en tanto que el día con luz benigna desarreboza el mundo de las malicias de la sombra; empero en cayendo por su ausencia la noche sobre la tierra, á quien ciega y hace invisible, los ladrones se apoderan de los pasos, vuelan las aves enemigas del sol, las sierpes desencarcelan sus asechanzas, y los lobos aseguran los hurtos de sus dientes. Si un príncipe quiere saber las fieras que se emboscan en la felicidad de los que mal le asisten, hágalos unos días sombra, retireles algunas veces sus rayos, déjeles (aunque sea por muy poco tiempo) á oscuras, y verá en qué sabandijas desperdiciaba sus luces, y cuánta mas verdad debe á su noche.

Malas costumbres son las de la costumbre, y desagradecidas; en el criado con el señor engendra confianza para él, y desprecio para el amo. Dicen que es otra naturaleza; y dos naturalezas solas en Cristo nuestro Señor, que es Dios y hombre verdadero, se ven. De esto hablo. Si un hombre es de tan mala naturaleza, que consiente que los malos le acostumbren á su trato, y esta costumbre se vuelve en él otra naturaleza, ¿por dónde hallará entrada el remedio, y salida el daño? No importa tanto apartar los que se allegan como los allegados; si son buenos, no por eso los pierde; si malos, por eso no le pierden. Quien ve que siempre tiene á uno, y cree que siempre le tendrá, siempre le tendrá en poco. No se deben volver las espaldas á los enemigos, que es infamia; mas pueden volverse á los amigos, por ser cordura. Dice el refrán francés: «De quien me fio, me libre Dios; que de quien no, me libre yo.» Ya que es bien político, yo le enmiendo para que sea pio; y porque sin Dios no podemos librarnos del mal, le corrijo: «De quien me fio, me libre Dios; que de quien no, ya me libró.» Vulgar cosa son los refranes, mas el pueblo los llama evangelios pequeños: véalos con buen nombre este tratado. Los ministros, muy poderoso Señor, han de ser tratados del príncipe soberano como la espada, y ellos han de ser imitadores de la espada con el príncipe. Este los ha de traer á su lado, ellos han de acompañar su lado. Y como la espada para obrar depende en todo de la mano y

brazo del que la trae, sin moverse por sí á cosa alguna, así los ministros no han de tener otras obras y acciones sino las que les diere la deliberación del señor que los tiene á su lado. No acredita ménos suspendido el rigor de los castigos por los ministros, al respeto que en no delinquir le tienen los vasallos, que la espada al valiente, cuando siempre en la vaina, de miedo, ninguno se atreve á ocasionarle que la saque. Al que siempre la trae en las pendencias desnuda, espadachin y revoltoso le llaman, no esforzado. No es mas discreto muchas muertes en un médico, que muchos castigos en un rey. Sean pues al lado del rey sus ministros como la espada. Esta, Señor, importa, y por eso se trae para la defensa de la propia persona al lado; y los que estiman su persona y vida, no solo miran que sea de buena ley, sino que la prueban por si salta de vidriosa, ó se queda de blanda, lo que resulta del mal temple. Lo mismo, y con mas razón y cuidado, se debe hacer con los ministros que se traen al lado. Probarlos, Señor; que suelen saltar con la pasión fuera de los límites de la equidad y justicia, y quedarse por el interés torcidos y con vueltas. Y es mejor que salte y se quede en las pruebas para el desengaño del príncipe, que en los despachos y tribunales para ruina de la república; cuanto es mejor que la mala espada se quiebre y tuerza contra la pared probándola, que en la pendencia con manifesto peligro del que se fió de ella.

Que esto se deba hacer y que se haya hecho, yo lo probé con ejemplos magníficos de un emperador y un sumo pontífice. Fadrique Furio, en el tratado *Del consejo y consejeros*, refiere de Erasmo, en el panegírico al rey don Felipe II, estas palabras: «Para conocer el príncipe si los consejeros le aconsejan fielmente, finja pedirles consejo en cosas que son contrarias al bien público, diciéndoles que, aunque sean tales, todavía importan al real servicio por ciertos designios, como sería romper leyes importantes, privilegios grandes, poner tributos excesivos, y otras semejantes; y de la respuesta que los consejeros le dieran puede en alguna manera colegir qué tal es su amor para con la república.» Esto, Señor, expresamente es aconsejar que se prueben los ministros. Y si bien Erasmo en otras cosas fué autor sospechoso, este consejo está católicamente calificado. No con ménos majestad que la de un emperador refiere la *Historia Tripartita* (1), «que Constantino emperador quiso saber si los que le servían y aconsejaban eran fieles, y publicó que todos los que quisiesen dejar la fe de nuestro Redentor Jesucristo y volver á servir á los ídolos, lo pudiesen libremente hacer; que él no dejaría de servirse de ellos y tenerlos por amigos. Dejaron algunos la fe y volvieron á ser idólatras, y el emperador no se sirvió mas de los que la dejaron.»

Y porque hay mas sacrosantamente superior dignidad á la imperial en el vicario de Cristo, sucesor de san Pedro, referiré de Paulo Jovio, libro 43, otra prueba de consejeros: «Paulo III, pontífice máximo, usaba de esta sagacidad para conocer la afición de los hombres y saber sus voluntades. Proponía sin necesidad algun negocio en que hubiese ocasión de porfiar, y decía á los cardenales que dijese su parecer, y de sus porfías aprendía las respuestas para los embajadores de los príncipes.» Estos ejemplos refiere el doctor Bartolomé Felipe, en

(1) Libro 1, cap. 7.